

*El viaje como estructura narrativa:  
Los trabajos de Narciso y Filomela,  
de Vicente Martínez Colomer,  
una novela inédita (presentación y textos)*

Antonio CRUZ CASADO

La creación del espacio novelesco gira, en ocasiones, en torno al camino <sup>1</sup>. Los personajes se desplazan entonces de una manera zigzagueante y, en algunos momentos, en un sentido más o menos rectilíneo. El recurso no es nuevo: ya en el poema odiseico el viaje actuaba como una estructura cómoda en el que se imbricaban las sucesivas aventuras. Sin embargo, en el terreno de la ficción narrativa, la adopción más firme del viaje, como elemento integrante y generador de episodios, se produce en la vieja novela griega de amor y aventuras. El esquema de estas narraciones no se pierde de manera definitiva, sino que sufre un proceso de actualización en la ficción en prosa del siglo XVI.

Frente al estatismo de la narrativa pastoril encontramos otros relatos en los que el viaje se convierte en base de sucesivas acciones; tales son los libros de caballerías, que transcurren en un espacio plenamente inventado, de acusados rasgos literarios, o los libros de pícaros, en los que la situación geográfica tiende a la concreción y al realismo. Más vinculados, si cabe, al empleo del viaje como estructura se encuentran los libros de aventuras peregrinas <sup>2</sup> que se desarrollan en una geografía conocida pero fuertemente idealizada, con lo que pueden situarse, en este sentido, a caballo entre la picaresca y el mundo fantástico de los libros de caballerías. El espacio novelesco adquiere rasgos de verosimilitud cuando los personajes viajan por regiones que el autor conocía España, Italia, etc., pero se torna nebuloso e impreciso si la acción se sitúa en lugares alejados, como Persia, Transilvania o Etiopía.

La consolidación de los libros de aventuras peregrinas viene motivada

---

<sup>1</sup> Cfr. Roland BOURNEUF y Réal OUELLET: *La novela*, trad. Enric Sullà (Barcelona: Ariel, 1975), pp. 115-146; Ricardo GULLÓN: *Espacio y novela* (Barcelona: Antoni Bosch, 1980), pp. 132-136.

<sup>2</sup> Sobre el término y el concepto *vid.* Francisco LÓPEZ ESTRADA: *Siglos de Oro: Renacimiento*, en Francisco RICO: *Historia y crítica de la literatura española II* (Barcelona: Crítica, 1980), pp. 276-277.

por una voluntad mimética clara y por el deseo de eliminar del panorama novelesco a los libros de caballerías. Son conocidas las reiteradas condenas de teóricos y moralistas en contra de la narración caballeresca <sup>3</sup>, en tanto que se sugiere como sustituto este tipo de obra porque el carácter moral de la acción, el empleo de una forma de expresión artística, menos seca y reiterativa que el lenguaje caballeresco, y las raíces clásicas del género <sup>4</sup> así lo aconsejaban. Por otra parte, no se suelen considerar las obras que componen la modalidad narrativa como simples libros de ameno entretenimiento, sino que, con frecuencia, se resalta en ellas un simbolismo de carácter moral o religioso que subyace en el fondo de la acción. Ya en la *Historia de los amores de Clareo y Florisea*, de Alonso Núñez de Reinoso, que viene considerándose la muestra más antigua de este género de relatos, el autor incluye su aportación entre las de los escritores que «inventando ficciones, mostraron a los hombres avisos para bien regirse haciendo sus cuentos apacibles por inducir a los lectores a leer su escondida moralidad» <sup>5</sup>, idea que será frecuente en aprobaciones y apologías de las obras que integran esta forma de ficción.

Si a esta intención, reiteradamente expresada, se une la idea de la *peregrinatio vitae*, que aparece en el fondo de las mejores muestras del género <sup>6</sup>, tendremos suficientes elementos para comprender la acusada predilección que religiosos y moralistas manifestaron por estas obras.

Además, en su origen, los libros de aventuras peregrinas surgieron como una imitación más de los modelos clásicos que el amplio marco del Humanismo propugnaba. En este sentido, hay que encuadrarlos dentro de la órbita de influjo de la vieja novela griega, remozada en las traducciones renacentistas de *Las Etiópicas*, de Heliodoro <sup>7</sup>, o la más vital *Leucipa y Clitofonte*, de Aquiles Tacio.

La trayectoria de estos libros se va consolidando hacia la segunda mitad del siglo XVI, pero no será hasta bien entrado el siglo XVII cuando se produzca la definitiva fijación del género, tomándose como muestra más

<sup>3</sup> El rechazo aparece, por ejemplo, en Alonso LÓPEZ PINCIANO: *Philosophia Antigua Poetica*, Edit. Alfredo Carballo Picazo (Madrid: CSIC, 1973), II, p. 8, entre otras. Vid. también Edward C. RILEY: *Teoría de la novela en Cervantes*, trad. Carlos Sahagún (Madrid: Taurus, 1972), p. 160 y ss.

<sup>4</sup> Marcel BATAILLON: *Erasmus y España*, trad. Antonio Alatorre (México: FCE, 1966), pp. 620-622.

<sup>5</sup> Jerónimo de CONTRERAS: *Selva de aventuras*, Ed. Buenaventura C. Aribau, BAE, III (Madrid: Atlas, 1963), p. 131, nota.

<sup>6</sup> Vid. S. C. CHEW: *The Pilgrimage of Life* (New Haven-Londres, 1962); y Antonio VILANOVA: «El peregrino andante en el *Persiles* de Cervantes», en *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 22 (1949), pp. 97-159, y «El peregrino de amor en las *Soledades* de Góngora», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, III (Madrid, 1952), pp. 421-460.

<sup>7</sup> Para el influjo de Heliodoro en España vid. el prólogo de López Estrada a HELIODORO, *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea*, trad. Fernando de Mena (Madrid: Real Academia Española, 1954).

significativa *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, de Cervantes. A partir de esta obra, la corriente narrativa no distingue claramente entre las fuentes clásicas y las que suministra el modelo cervantino, aunque parece factible afirmar que la obra de Cervantes adaptó y popularizó unos recursos típicos de la novela griega, de los que se beneficiaron una serie de autores que posiblemente no conocían de manera directa las obras clásicas.

Las secuelas del *Persiles*, más o menos confesadas, forman una tendencia bien delimitada, aunque escasamente conocida por los estudiosos de la narrativa barroca. Estas narraciones parecen concentrarse en la primera mitad del siglo XVII, aunque se localiza alguna muestra más bien tardía: la *Historia de Lisseno y Fenissa* (1701), de Párraga Martel de la Fuente.

Existe, sin embargo, otra narración que, por el momento, prolonga hasta finales del siglo XVIII el influjo de la obra cervantina. La narración, que permanece inédita y, al parecer, desconocida para la crítica competente, se titula *Los trabajos de Narciso y Filomela* y su autor es el escritor valenciano Vicente Martínez Colomer.

En las páginas que siguen pretendemos dar una somera descripción del texto, poniendo de relieve los rasgos más sobresalientes del relato, que proporcionan una estructura coherente por la cual la narración se encuadra, anacrónicamente, dentro de la tendencia de los libros de aventuras peregrinas; junto a ello interesa resaltar la voluntad mimética del autor claramente expresada en algunos lugares de la obra, que elige al *Persiles* como modelo inmejorable de ficción narrativa. De todo ello se desprende la importancia, relativa por supuesto, de una novela que viene a enriquecer el panorama pobre, al parecer, y no bien conocido de las obras de ficción en prosa de nuestro siglo XVIII. Una nueva perspectiva se abre, por lo tanto, para *Los trabajos de Narciso y Filomela* a la luz de la siguiente novela de Martínez Colomer, *El Valdemaro* (1792), puesto que muchos recursos de la primera pasan a integrar la estructura sentimental, casi romántica, de la segunda.

El estudio de todas estas relaciones y de la proyección cervantina sobre la novela romántica, es un tema que excedería la limitación de estas páginas, pero que se nos revela interesante desde el punto de vista de la transmisión de ideas y esquemas culturales.

El manuscrito que nos ha transmitido *Los trabajos de Narciso y Filomela* presenta un buen estado de conservación; el texto ocupa 455 páginas, más los índices, y está escrito con una grafía legible y armónica que puede pertenecer al propio autor. En este caso se trataría de la copia en limpio que Martínez Colomer tenía preparada para la imprenta, aunque el texto, tal como lo conocemos, no presenta aprobaciones ni prólogo, ni tampoco el nombre del autor.

La obra se divide en tres libros, el primero de once capítulos y los restantes cada uno de dieciséis. Aquí el modelo cervantino no se sigue: el *Persiles* tiene cuatro libros y algunos capítulos carecen de título, en tanto que

el *Narciso* ofrece una frase indicativa para cada capítulo, en ocasiones de claras resonancias cervantinas <sup>8</sup>.

El paralelismo se establece ya desde el título de la obra: *Los trabajos de Narciso y Filomela* recuerda exactamente *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, y en ambos se han utilizado los nombres reales de los protagonistas, que sólo serán desvelados al final de la obra, en tanto que a lo largo de la narración mantienen otros para encubrir su personalidad: Lisandro y Felisinda en el primer libro y Periandro y Auristela en Cervantes; es más, la morfología de Lisandro está calcada sobre la de Periandro.

Estos rasgos coincidentes no deben extrañarnos, puesto que son intencionalmente buscados; el propio autor, en el cuerpo de la obra, y utilizando un recurso cervantino de incluir referencias a sí mismo dentro de la novela, escribe: «En cuanto al (estilo) que lleva en la historia, dicen los que la han leído que no es despreciable, porque ha tomado por modelo al nunca bien alabado Miguel de Cervantes en su *Persiles y Sigismunda*, cuya memoria será eterna en la de las gentes» <sup>9</sup>. A continuación el novelista se defiende de la posible acusación de plagio: él, escribe, «con trasposición decente, se vale de las mismas frases y del mismo método, invención, artificio y diligencia» <sup>10</sup> que su autor preferido, pero concluye que «si ha caído tal vez en este defecto (la imitación), habrá sido sin noticia de la voluntad, a causa que como tiene tan leídos los escritos de Cervantes —como precisamente debe hacerlo cualquiera que pretenda imitar aquel escritor que más se le acomode— tal vez habrá encajado como suyo algún concepto que no lo será» <sup>11</sup>.

En cuanto al género de la obra, el autor por boca de su personaje el estudiante, la define como historia: «hay ya ociosas plumas que están escribiendo una grande, divertida y lastimosa historia» <sup>12</sup>; «Lo cierto es que se está escribiendo la tal historia» <sup>13</sup>; «se ha empeñado en escribir esa historia» <sup>14</sup>, etc. Sin embargo, en la única ocasión en que Martínez Colo-

<sup>8</sup> Por ejemplo: *Narciso*, I, VII: «Dela cuenta que dio de su vida el pastor Lenio a sus amos y a la huésped Felisinda» —*Persiles*, I, V: «De la cuenta que dio de si el bárbaro español a sus nuevos huéspedes»; II, IX: «Prosigue Lisandro su agradable historia» —II, XI: «Prosigue Periandro su agradable historia y el robo de Auristela»; III, III: «Prosiguen su viaje y continúan los sucesos extraños» —III, II: «Peregrinos. Su viaje por España. Sucédentes nuevos y extraños casos», etc. En otras ocasiones los títulos evocan recursos similares del *Quijote*: *Narciso*, I, V: «De la discreta plática que pasó entre los dichos»; «Donde se prosigue la notable historia de nuestro enamorado caballero»; II, XV: «Del razonamiento que pasó entre Lisandro y Felisinda»; III, V: «De lo más notable y digno de leerse que se ha visto hasta ahora»; III, XII: «Donde se dice lo que contó el que parecía marinero», etc.

<sup>9</sup> Vicente MARTÍNEZ COLOMER, *Los trabajos de Narciso y Filomela*, ms. (hacia 1786), pp. 332-333, grafía actualizada. *Vid.* texto completo en los fragmentos seleccionados.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 333.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 333-334.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 326.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 328.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 332.

mer se dirige personalmente al lector, en una nota marginal que sirve para introducir el mencionado recurso cervantino, la califica de poema: «Cuando estaba ya poniendo en limpio este capítulo, supe las objeciones que se me hacían acerca del poema»<sup>15</sup>. No parece ocioso precisar el sentido de estas denominaciones.

A pesar de la comodidad que para el lector y el crítico actual representa la palabra *novela*, aplicada a narraciones largas de carácter ficticio, hay que tener en cuenta que tal término aparece excluido de las poéticas clásicas<sup>16</sup>. Sin duda, la expresión más corriente es la de *historia*, que se usa tanto en textos teóricos como en la práctica. El Pinciano, al referirse frecuentemente a la narración de Heliodoro, la califica de *Historia*, aunque es consciente de su carácter ficticio; en ella pone de relieve, sobre todo, lo verosímil. En alguna ocasión deja traslucir que tal nombre es arbitrario: «ni tampoco la *Historia de Etiopía* es historia, sino que los autores para autorizar sus escritos, les dan el nombre que se les antoja y mejor les viene a cuento»<sup>17</sup>. En la realidad del momento, la práctica consolidó el término aplicado a las obras de ficción; así Cervantes subtítulo su *Persiles Historia septentrional*, y en los títulos de varias narraciones es usual la expresión: *Historia de Hipólito y Aminta* (1627), de Francisco de Quintana, *Historia de las fortunas de Semprilis y Geronodano* (1629), de Juan Enríquez de Zúñiga, etcétera. Por su parte, el profesor Riley constata el hecho: «no había en español una palabra que sirviera para distinguir la novela larga de la historia: una y otra se designaban con el nombre de *historia*»<sup>18</sup>.

Más disonante a los oídos actuales es el término *poema*, aplicado a la obra de ficción en prosa. Sin embargo, basta recorrer la poética del Pinciano y algunas obras de los narradores del Siglo de Oro para constatar su empleo. El teórico parte de la idea según la cual no es necesario el uso del verso para el poema, con lo que queda asentado «que la imitación en prosa es un poema sin atavío, pero vivo y verdadero»<sup>19</sup>; las referencias a las *Etiópicas*, de Heliodoro, como poema<sup>20</sup>, e incluso a las comedias italianas en prosa, también calificadas como tales, confirman la oportunidad del término. En la práctica, Céspedes y Meneses había llamado a una de sus obras, perteneciente al género de los libros de aventuras, *Poema trágico del español Gerardo* (1615), y Francisco de Quintana, en una narración que presenta algunas afinidades con estos libros, *Experiencias de amor y fortuna* (1626), se refiere a ella como dividida en poemas: «Divídele en poemas

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 326, nota.

<sup>16</sup> Referido a la narración ficticia corta, *novela corta*, que diríamos ahora, su empleo se constata ya desde el siglo XVI y adquiere carta de naturaleza, por ejemplo, en Cervantes.

<sup>17</sup> ALONSO LÓPEZ PINCIANO: *Philosophia Antigua Poetica*, op. cit., I, p. 214.

<sup>18</sup> E. C. RILEY: *Teoría de la novela en Cervantes*, op. cit., p. 257.

<sup>19</sup> LÓPEZ PINCIANO, *Philosophia Antigua Poetica*, op. cit., I, p. 279.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 206.

porque poema es nombre genérico, que no sólo a los versos comprende, sino a la prosa (...) demás que si se consulta a la lengua griega, cuyo es su origen, poema es lo mismo que invención, que ni desdice destes sucesos, ni del modo de referirlos»<sup>21</sup>. El propio Lope de Vega sigue a su amigo en la denominación al enjuiciar la obra en su conjunto: «Por la parte amorosa deste poema (...)»<sup>22</sup>.

Al contrario de la tendencia que venimos enunciando, Ignacio de Luzán se opone a la denominación: «tampoco será epopeya ninguna obra escrita en prosa, por faltarle el requisito del verso; dígolo porque me acuerdo de haber visto un librito intitulado *Historia trágica del español Gerardo*, a quien se añade el título de epopeya en prosa»<sup>23</sup>. Además de mencionar de forma errónea el título, seguramente porque cita de memoria, Luzán, al igual que la mayoría de los pensadores ilustrados, es refractario a la novela.

En resumen, ya se califique de historia o poema, *Los trabajos de Narciso y Filomela* aparece incluido en una tradición literaria anterior, no ajena a los moldes retóricos, aunque sí marginada por el espíritu racionalista del siglo XVIII. Cuando la narración en prosa de carácter ficticio empiece a resurgir, a finales de este siglo, los escasos defensores y teóricos del género tendrán que echar mano a los viejos argumentos para defender la nueva modalidad literaria. Así, Valladares y Sotomayor escribe hacia 1797: «no hay más diferencia entre la Novela y el Poema que ser este en verso y aquella en prosa»<sup>24</sup>, en tanto que el plan, la extensión y el objeto de los dos son iguales; de paso, este escritor asigna una serie de características a la novela, que cumple, entre otras obras del pasado, el *Persiles* cervantino.

Como vemos, existe alguna afinidad entre el pensamiento de ambos escritores, Martínez y Valladares, lo que parece indicativo de una intención revitalizadora de los clásicos del Siglo de Oro y un aprovechamiento de variados recursos narrativos para crear una novela de características casi románticas.

El argumento gira en torno a los hijos de los reyes de Creta y de Chipre, Narciso y Filomela respectivamente, que el día en que van a celebrar sus bodas, y durante un viaje de recreo por el mar, sufren una tempestad y naufragan. Sin que uno sepa del otro, logran sobrevivir y tienen largas aventuras casi paralelas en el cautiverio de Trípoli y en España; por fin se reúnen en Valencia, aunque sin descubrir su verdadera personalidad, actuando siempre como hermanos y con los nombres de Lisandro y

<sup>21</sup> FRANCISCO (DE LAS CUEVAS) DE QUINTANA, *Experiencias de amor y fortuna* (Madrid: Viuda de Alonso Martín, 1626) preliminares sin numerar; grafía actualizada.

<sup>22</sup> *Ibid.*

<sup>23</sup> Ignacio de LUZÁN: *La Poética* (Madrid: Cátedra, 1974), pp. 199-200.

<sup>24</sup> Antonio VALLADARES y SOTOMAYOR, Prólogo a *La Leandra* (1797), *apud* Juan Ignacio FERRERAS: *Los orígenes de la novela decimonónica, 1800-1830* (Madrid: Taurus, 1973), p. 38.

Felisinda. La peregrinación transcurre por regiones españolas, y en ocasiones recuerda a *El peregrino en su patria*, de Lope, mientras se agregan nuevos personajes al grupo, oportunidad que sirve para narrar la historia de cada uno de ellos. Llegan a Zaragoza, meta de peregrinos, y luego se embarcan en Palamós, hacia Creta, de donde han salido diversos barcos en su busca. Pero aún antes de llegar les ocurren nuevas aventuras y trabajos: un marinero loco hiere casi de muerte a Lisandro. Pero el final feliz y la proclamación y casamiento de estos reyes encubiertos, peregrinos por el Mediterráneo, no se hace esperar.

Como es usual la narración no ofrece el carácter rectilíneo que pudiera deducirse del argumento expuesto: el comienzo *in media res* complica extraordinariamente la estructura y la concatenación lógica de los hechos, de tal manera que, hasta pasada la mitad del relato, no se logran averiguar las causas de la situación inicial, en la que una dama, Felisinda, va a ser forzada por el bárbaro Idomeneo, logrando salvarla un joven innominado, que parece sucumbir junto con el malvado agresor, y que luego resulta ser Lisandro.

Las historias secundarias, los frecuentes excursos y digresiones de carácter moralizante, por lo general, alargan de forma desmesurada la trama narrativa.

Baste la somera exposición que hemos realizado sobre el manuscrito de *Los trabajos de Narciso y Filomela* como llamada de atención hacia una narración que enriquece, de forma curiosamente anacrónica, el panorama narrativo de uno de los siglos tradicionalmente considerado más pobre en sus aportaciones a la trayectoria de la novela. Bien es cierto que no se trata de una obra en la que la originalidad de contenido y expresión sea relevante, pero hay que verla, sobre todo, como un intento no del todo fallido de revitalizar una estructura literaria del pasado y dotarla de operatividad. Su localización permite añadir un eslabón más a nuestra historia literaria.

Por otra parte, el autor del *Narciso*, en la apología de su obra, menciona en su descargo a graves varones que también ocuparon su tiempo en escribir este tipo de historias: «Sólo con dar una breve ojeada hacia los pasados tiempos y fijar la vista ligeramente en los escritos de Heliodoro, de Aquiles Tacio, de Fenelón y otros sujetos de no inferior carácter, quedarán desvanecidos los frívolos reparos que se le hacen al autor»<sup>25</sup>.

La autodefensa del autor tenía su razón de ser no sólo en el tipo de obra que escribía sino, especialmente, en la calidad de la persona que se dedicaba a este menester. Aún sin mencionar nunca su nombre, el autor deja claro su estado religioso: pertenece a los «Franciscos Observantes»<sup>26</sup>, y no tiene aún 21 años: «es un joven que apenas cuenta los veinte y un años de

---

<sup>25</sup> MARTÍNEZ COLOMER, *Los trabajos de Narciso y Filomela*, op. cit., p. 339.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 338.

su edad, habiéndolos empleado en los estudios de Filosofía, Teología Escolástica y Moral, y otros ejercicios anejos al estado que profesa»<sup>27</sup>. La intención que le llevó a escribir la narración no fue otra que la de «hacer alarde y ostentación de su talento, tal cual sea, y mayormente para saber hablar con buen estilo»<sup>28</sup>. Además, dada su juventud y su presunta petulancia, como se advierte en el último texto mencionado, no ha escrito todavía obra alguna, carece de fama: «yo no sé que tenga alguna (fama), ni por su ingenio, ni por sus escritos, porque no ha arrojado ningunos a la plaza del mundo, ni lo que ha hecho hasta ahora para acreditar su ingenio son cosas que no las practiquen casi todos los que cursan las escuelas»<sup>29</sup>, aclara el estudiante a los personajes de la novela.

Estos eran, por lo tanto, los datos con que contábamos para la identificación del autor de *Los trabajos de Narciso y Filomela*: religioso franciscano, de unos 21 años, escritor primerizo e imitador de Cervantes. Largas y pacientes búsquedas, cuidadosas consultas a catálogos de franciscanos, y con la suerte de nuestra parte, dieron como resultado la identificación del autor.

Existe una edición reciente<sup>30</sup> de su obra más conocida, *El Valdemaro*, que nos exime de repetir una serie de datos; baste mencionar, a efectos de datación de la obra que nos ocupa, que Vicente Martínez Colomer nació en Benisa, Alicante, en 1763, con lo que la composición de *Los trabajos* hay que situarla hacia 1784, temprana fecha que será necesario tener en cuenta al historiar la novela del periodo prerromántico.

Dada la extensión y complejidad de este tipo de narraciones vamos a enumerar sucintamente sus características más relevantes.

El libro se presenta escrito en prosa, aunque se intercala algún poema poco significativo. Comienza *in media res*, como suele ocurrir en la mayoría de los casos, y el relato se estructura en torno a un viaje en el que

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 335.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 332.

<sup>29</sup> *Ibid.*

<sup>30</sup> VICENTE MARTÍNEZ COLOMER: *El Valdemaro* (1792), Edit. y est. Guillermo Carnero (Alicante: Instituto «Juan Gil Albert», Excma. Diputación, 1985). En la p. 43 Carnero considera los *Trabajos de Narciso y Filomena* (*sic*) como «no localizada». Menciones de la misma en JUSTO PASTOR FUSTER, *Biblioteca Valenciana de los escritores que florecieron hasta nuestros días*. II (Valencia: Mompíe, 1830; ed. fac. Valencia, 1980), p. 415, con el número 19 aparece una escueta referencia: *Trabajos de Narciso y Filomela*, en imitación del *Pérsiles* (*sic*) de Cervantes, manuscrito, y en el prólogo de Benjamin Agulló Pascual a la obra de VICENTE MARTÍNEZ COLOMER, *Historia de la provincia franciscana de Valencia* (Madrid: Cisneros, 1982): «Trabajos de Narciso y Filomena, a imitación del *Pérsiles* de Cervantes. Manuscrito. El P. Miguel Magraner desta esta cualidad del P. Vicente Martínez Colomer de imitar el estilo del genio de la literatura española Miguel de Cervantes. Desafortunadamente no ha llegado hasta nosotros esta obra manuscrita. También la cita Espasa Calpe». (p. XXVIII), y «Trabajos de Narciso y Filomena, a imitación del *Pérsiles* de Cervantes, que quedó sin imprimir y quizá haya desaparecido» (p. XXXVIII).

por medio de peripecias y agniciones consecutivas va complicándose la trama hasta resolverse felizmente al concluir el relato, una vez realizada la pertinente anagnórisis. El viaje, que sirve de esquema narrativo a la acción, se presenta acompañado de dos importantes elementos: el amor y la religión. Los peregrinos son zarandeados por el amor de un lado a otro, es la *peregrinatio amoris*; pero a su lado, y con idéntica fuerza, se encuentra el deseo de peregrinación hacia centros religiosos muy conocidos, es la *peregrinatio vitae* <sup>31</sup>, de fuerte contenido simbólico. En el *Narciso* se advierte también el proceso de gradación que va desde una región innominada y abrupta hasta la concreción religiosa del templo de la Virgen del Pilar, en Zaragoza, pasando por múltiples etapas en las que se va accediendo al conocimiento; al mismo tiempo, se realiza un proceso de purificación del individuo mediante sucesivos trabajos. La *peregrinatio vitae* supone la superación de una serie de pruebas por medio de las cuales el peregrino va acercándose a lo divino.

Como rasgo secundario aparecen junto a la trama principal diversas historias intercaladas que explican las acciones de otros personajes y sirven de complemento y, a veces, como elemento retardador de las aventuras de Narciso y Filomela. También se incluyen algunos excursos de carácter didáctico y especulativo que imprimen a la obra cierto carácter misceláneo.

#### *Nota introductoria*

El desconocimiento que la crítica actual parece tener acerca de esta obra, manuscrita y nunca editada, aconseja la selección de algunos fragmentos significativos de la misma. Eludiendo lo propiamente novelesco, hemos elegido dos textos que creemos interesantes; uno acerca de la relación entre literatura pastoril y realidad, tema grato al profesor López Estrada, y otro en el que se adopta el método cervantino de autodefensa de la creación literaria dentro de la obra misma.

Las interpolaciones de los títulos y las páginas aparecen entre ). Se ha actualizado la grafía, la acentuación y se han deshecho las abreviaturas, de acuerdo con las normas usuales de edición de textos. La disposición en párrafos es también responsabilidad nuestra.

Prescindimos de notas críticas y aparato erudito puesto que, pensamos, no son necesarios para la completa comprensión de los fragmentos seleccionados.

---

<sup>31</sup> Vid. artículos citados en nota 6.

LOS TRABAJOS DE NARCISO Y FILOMELA  
*Fragmentos.*  
 (DE LA VIDA PASTORIL: LITERATURA Y REALIDAD).

(p. 34).

### Capítulo V

*De la discreta plática que pasó entre los dichos*

Juntos ya todos, como se ha visto, dieron principio al paseo sólo por divertir la imaginación triste de Felisinda, la cual viendo la amenidad de aquel sitio, la belleza de los jardines, lo frondoso de los árboles y tanta hermosura junta que parecía que, unidas naturaleza y arte, se habían conspirado a sacar un compuesto tan hermoso y tan agradable que pudiese competir, y aún llevar ventaja, al Huerto de las Hespérides, dijo:

—Ya me había dibujado el Pastor Lenio la belleza de estos lugares con tan discretas palabras y con tan acertados discursos que me los había hecho ver antes de mirarlos; y por cierto que estaba admirada de oírle hablar, pues lo hacía con tanta elegancia y con tan bello estilo, que no acertaba a dar crédito a lo mis (p. 35) mo que veía, por parecerme que todo aquello era impropio de un rústico ganadero.

—Así es la verdad, —dijo don Fernando—. También soy yo del mismo parecer, pues en todo el tiempo que le tengo en casa le he oído y oigo hablar cada día tales cosas que, al paso que me alegran, me suspenden. Y no puedo alcanzar como en el alma rústica de un pastor quepan tantas cosas como las que él sabe. También le he visto más de cuatro veces componer poemas, églogas, canciones, sonetos y otras especies de verso, con tal artificio, primor y dulzura, que no sé yo si los que cursan las academias le llevarán ventaja.

—Está bien —dijo a esta sazón Constanza—; renacerán quizá aquellos tiempos en que todos los pastores eran discretos, letrados, músicos y poetas, a causa que, desterrado del cielo Apolo por instancias de Vulcano, se hizo Pastor, y, guardando los ganados de Admeto, rey de Tesalia, enseñó a los demás pastores que acudían a oírle tañer su flau (p. 36) ta, el modo de vivir vida dulce y feliz, aun entre las mismas rustiqueces de los montes, y les hizo olvidar la rústica y salvaje que hasta entonces habían vivido, sin saber cosa alguna, más de lo que pertenecía al gobierno de su ganado. Cuanto más que, si según dicen, los prados hermosos y las deliciosas selvas son los lugares en donde de ordinario habitan las Talías, las Clíos, las Tersicóres, las Calíopes y demás celestiales musas, no me admiro de que a los pastores se les pegue algo de sus discreciones y agudezas. ¿Cuántas veces, cuando algún enamorado y desdeñado pastor estará pensando e imaginando consigo mismo, cómo encontrar trazas para ablandar el en-

durecido corazón de su amada pastora, bajará desde la cima de algún empinado monte, con apresurado vuelo, alguna bella y agraciada ninfa, vestida de una hermosa y sutilísima tela de plata, cubierta con un finísimo y delicado cendal, sueltos por las espaldas sus largos y hermosos cabellos, (p. 37) coronada de verde laurel, y le consolará con suaves y dulces razones, dándole al despedirse algunos enamorados y quejosos versos para desbaratar y vencer los desdenes de su pastora, hasta dejarla más mansa que una paloma y más blanda que una cera? ¿Cuántas veces, al desmayarse un pastor herido de la cruel y dura lanza de los celos, le socorrerá otra ninfa no menos agraciada que la primera, y después de haberle vuelto de su desmayo, con remedios que traía para este propósito, le dirá tales razones y le infundirá tal facundia, energía y dulzura en sus labios, que pueda con sólo desplegarlos sujetar a su voluntad la de su ingrata pastora? De estas conversaciones, de estos coloquios y de estos tratos que con las ninfas tienen a cada paso los pastores, nace en ellos la discreción, la agudeza, la elocuencia, la afabilidad, la cortesía; y proviene que no haya árbol en monte en cuyo tronco no se miren grabados los nombres de sus pastoras, o ya en anagramas, o ya en (p. 38) canciones alegres, o ya en endechas tristes.

—Si así fuera hermana a la verdad como has dicho —interrumpió don Fernando— ninguno habría que dejara de retirarse a los prados, a las selvas, a los montes, vestido de pastor con su cayado y pellico, sólo por gozar de una tan deliciosa vida, la que, según dicen, no se pasaba en otro que en cantar al son de diversos y alegres instrumentos, ora subiendo al cielo de la alabanza la hermosura de sus pastoras, ora ponderando sus esquiveces; ya dándose albricias de su dichosa suerte, ya quejándose de su corta ventura. Pero todo esto, hermana, pase por ficciones ingeniosas de poetas, y creamos, como es la verdad, que los pastores están sujetos a todas las inclemencias de los cielos; que su vida es áspera, cruda, fría y llena de riguridades insoportables en el invierno, pesada por los excesivos calores en el verano y en todo tiempo desacomodada.

(p. 39)—¿Desacomodada? —replicó Constanza. No lo creas, hermano. Dejemos aparte las invenciones agudas de los poetas, con que tanto celebran la vida pastoril, y vamos a descubrir una verdad que cada día la podemos experimentar y, en efecto, la experimentamos en nuestros pastores. Un rústico pastor atesora en su cuerpo un alma tan bella, tan noble y tan capaz como la pueda atesorar el hombre más eminente. Todas las almas son de una misma substancia espiritual, inmaterial, indivisible, intelectual y acomodada a regir nuestro cuerpo. Todas están fabricadas —permíteme que me explique de esta suerte— en un mismo molde, y dotadas de tres nobles potencias, como son memoria, entendimiento y voluntad. Conque puede el pastor, igualmente que cualquier otro, acordarse, discurrir y amar, que son los cargos que están anejos a las tres potencias. Y aún lo puede hacer más sencilla, más gustosa y más desembarazadamente; porque a su entendimiento (p. 40) no le ofuscan aquellas pasiones que tanto tiranizan a

los que viven allá en el trafago del mundo. Las envidias, los celos, las simulaciones, los engaños, los odios, las enemistades, que como sombras ligeras corren precipitadamente por aquellos países, no tienen jurisdicción alguna en estos distritos, en donde cautivan su libertad los pastores. Su memoria no está sujeta a acordarse de cosas que les lisonjee el alma, porque nunca han visto sino objetos alegres, puros, honestos y sencillos. Su voluntad, ¿qué otra cosa puede amar que estos bienes que el entendimiento le propone? Yo no sé, hermano —proseguía Constanza—, qué cuidados, qué inquietudes, qué guerras interiores puedan tener estos humildes hombres, para que sea su vida desacomodada como dices, cuando todo su afán se cifra en sólo el cuidado de sus ganados. No bien sale el sol para alegrar con sus hermosos rayos a todas las criaturas, cuando libre de todo molesto cuidado se le (*p. 41*) vanta el pastor alegre, empuña su cayado, tira por los hombros a la espalda su zurrón proveído de sabrosos aunque rústicos manjares, llama sus simples ovejas y empieza su deliciosa y ordinaria tarea; pero, ¿con cuánta alegría de su alma? El armonioso y entretenido espectáculo que forman el azul hermoso del cielo con el verde piso de la tierra, le tiene todo el día en alegre suspensión. Los campos, primorosamente matizados de plantas, flores, frutos, quintas, bosques y sotos, son el más curioso entretenimiento de sus sentidos. Todos están en continuo movimiento sin parar de percibir, ni por un breve rato, su recreación correspondiente. Aquí divierte su vista con la hermosura de los árboles, con el verdor de las plantas, con la belleza de las flores; allí recrea el oído con el manso ruido de los arroyos, con el apacible susurro que forman las hojas de los árboles heridas de los más suaves vientecillos, y con la agradable armonía de infinitos (*p. 42*) pajarillos, que por entre aquellos bosques hacen ostentación de la dulzura de sus voces; allá recrea el olfato con el olor que despide la azucena, el lilio, la violeta, el clavel, la rosa y las muchas yerbas aromáticas que produce la tierra; acullá lisonjea su gusto con probar los frutos que penden de las ramas de los árboles, y el tacto le recrea con la suavidad de tantos objetos como a cada paso se le ofrecen. Con este gustoso entretenimiento pasa la mañana y, cuando el sol acercándose al cenit hiere con sus rayos más vigorosamente, burla sus fuerzas con retirarse a la sombra de un copado y espeso árbol que le defiende. Satisface alegremente su hambre, apaga su sed, pasa lo riguroso de la siesta con su ganado juntamente, y cuando el señor Febo templá sus rigores, recoge sosegadamente sus ajuares, sigue otra vez su ruta tras sus ovejas, hasta que, entrándose la noche, las encierra en sus rediles y se retira a su pobre choza, en donde alegre descansa y duerme (*p. 43*) tranquilamente, sin que melancólicas fantasías le estorben el sueño. ¿Hay vida más agradable ni más deliciosa que ésta?

—Está muy bien todo eso, hermana mía —la replicó don Fernando—; pero si como con tu discreción sabes decirlo, supieras también...

No pudo hablar más palabra don Fernando, porque su madre se puso

en este mismo punto el dedo sobre los labios haciendo con la otra mano ademanes de que callasen y no se moviesen un paso de donde estaban (...).

### (PRESENTACIÓN DEL AUTOR Y SU OBRA A LA MANERA CERVANTINA)

(p. 326). En una nota del margen inferior de esta página el autor escribe: «Cuando estaba ya poniendo en limpio este capítulo, supe las objeciones que se me hacían acerca del poema, y para darles tal cual satisfacción, eché mano del ardid de que se valió Cervantes para el mismo efecto, en los capítulos 3 y 4 de la *Segunda parte de su Ingenioso don Quijote* ».

—Que me maten si no son estos peregrinos —señalando a Lisandro y Felisinda— los mismos de quienes hay ya ociosas plumas que están escribiendo una grande, divertida y lastimosa historia.

—¡Cómo es posible —dijo Felisinda—, si ayer, como quien dice, salimos de nuestra patria, y apenas los sucesos que han pasado por nosotros se han divulgado más que entre nosotros mismos! Cosa de sueño me parece ésta, y me doy a entender que, como el señor estudiante es amigo de burlas, querrá también ahora hacerla de nosotros para pasar el tiempo.

—Que me sea contrario todo el que me queda de vida —replicó el estudiante—, si no es así a la verdad lo que tengo dicho, sin que ello haya la menor sombra de duda. Porque según la (p. 327) relación que acaba de hacernos el señor Lenio, imagino que no puede ser otro que el mismo el que encontró entre unos montes a la tal Felisinda que ha dicho, que sin duda debéis de ser vos misma, después que socorrida de un tal Lisardo se escapó de entre los brazos de un desalmado que la quería hacer fuerza, que si mal no me acuerdo se llamaba Idomeneo, cuyo bárbaro atrevimiento es el que da principio a la dicha historia. Pero, para más seguridad, decidme: ¿ha mucho tiempo que salisteis de Valencia?

—Habrá unos veinte días que salimos de ella —respondió Lenio—, porque por uno aunque ligero trastorno que padeció la salud de Felisinda, nos entretuvimos en el camino hasta que se recobrase.

—Cuatro días no más hace que nos partimos nosotros —prosiguió el estudiante— y la víspera de nuestra partida estuve yo en casa del autor, y me dejó leer el primero y segundo libro que ya tenía compuestos. El primero se concluye con (p. 328) la salida de la quinta de doña Clara, y el segundo se compone de lo que os sucedió en Valencia, así en el hallazgo de Lisandro, vuestro hermano, como en los días que estuvisteis en el palacio del virrey, hasta que muerto aquel conde tan enamorado, que también anda metido en la historia, os pusisteis en camino para continuar el de vuestra peregrinación.

—Mucho habéis dicho —dijo Felisinda— y muchas señas habéis dado que lo acrediten, pero sin embargo es menester que me haga mucha fuerza

para daros crédito, porque no sé cómo el escritor haya tenido posibilidad de saber nuestros sucesos, siendo así que apenas han salido de entre nosotros mismos, como ya dije antes.

—En eso si que no me entremeto yo —replicó el estudiante—. Lo cierto es que se está escribiendo la tal historial, y que yo la he visto y la he leído, porque el que la escribe es el mayor amigo que tengo en el mundo.

—(p. 329) Está bien —dijo Lenio en este punto—. Demos que sea verdad el que se escriba esa historia, y que estos dos peregrinos, Lisandro y Felisinda, sean las personas fatales de ella; quiero decir, las personas que principalmente celebra el historiador. Quiero yo, pues, ahora que el señor estudiante, puesto que la ha leído, nos diga algo de ella; esto es: qué aceptación tiene entre los que la han visto, porque yo creo que el que la escribe habrá cumplido con lo que debe procurar cualquier honrado escritor, como es enseñar sus producciones a los eruditos e inteligentes, para que haciéndole notorios los descuidos que él no habrá notado, los corrija y le sirvan de aviso para no tropezar en adelante.

—Así, en verdad, lo ha practicado como vos decís —respondió el estudiante— porque sabe muy bien que ese es uno de los consejos que da Horacio a los que quieren echar a la plaza del mundo sus composiciones: cuanto más, que no está el (p. 330) escritor —ni lo puede estar— tan enamorado de sí mismo, que quiera gobernarse por solo su capricho.

—Así debe ser —prosiguió Lenio— y ya en esto anda algún tanto juicio y advertido. Adelante, pues, y satisfágame el señor licenciado a la pregunta que le tengo hecha; y dígame qué calidades acompañan al escritor, si es famoso o por su ingenio, o por otras obras que haya dado a luz, qué estilo lleva, qué método, en fin, todo lo que se murmure de la tal historia y de su autor.

—A todo eso —replicó el estudiante— satisfaré yo del mejor modo que pueda. En lo que toca a los sucesos que componen la tela de la historia, no hay qué decir, ni dicen más, sino que son tan extraños y tan raros, como que ellos mismos ponen la admiración en el entendimiento del que los lee. Sólo si que se murmura mucho de la ligereza del virrey en tratar con tanta liberalidad y magnificencia a Lisandro y Felisinda, y en perdonar a aquél, sin (p. 331) haber precedido otra averiguación, ni de su inocencia, ni de la calidad de sus personas que las voces que se le oyeron a Felisinda, lo cual no era bastante motivo para librar a Lisandro del suplicio, si sólo para dilatarlo en tanto se averiguaba la realidad del suceso.

—No está del todo mal fundado ese reparo —dijo Lenio—; pero sabed, amigo, que aunque el virrey hizo aquella demostración sobradamente generosa de perdonar a Lisandro antes de saber cosa alguna de él, sólo fue para dilatar su ánimo igualmente que el de su hermana. Pero entre tanto mandó hacer vivísimas diligencias para escudriñar la verdad del caso, y vino a saber luego, por confesión de los mismos reos, que Lisandro estaba sin culpa, y que no se le podía imputar daño alguno de los sucedidos; cuya

confesión sacó libre a Lisandro, e hizo que el virrey creyese ya sin hacerse violencia todo cuanto después se le dijera.

—Así debe (p. 332) ser la verdad —replicó el estudiante— y ya avisaré yo el autor que lo advierta en el prólogo, o a la margen, o que lo meta entre renglones para evitar críticas. En cuanto a la fama del escritor —continuó el estudiante— yo no sé que tenga alguna, ni por su ingenio, ni por sus escritos, porque ni ha arrojado ningunos a la plaza del mundo, ni lo que ha hecho hasta ahora para acreditar su ingenio, son cosas que no las practiquen casi todos los que cursan las escuelas, por sabandijas que sean, pero tengo barruntos de que se ha empeñado en escribir esa historia, para hacer alarde y ostentación de su talento, tal cual sea, y mayormente para saber hablar con buen estilo. En cuanto al que lleva en la historia, dicen los que la han leído que no es despreciable, porque ha tomado por modelo al nunca bien alabado Miguel de Cervantes en su *Persiles y Sigismunda*, cuya memoria será eterna en la (p. 333) de las gentes.

—Ya sé hasta donde se extiende la fama del gran Cervantes —interrumpió Lenio— y también he leído muchas veces sus obras, y juzgo que, como este nuestro moderno historiador le imite en algo, no serán desabridos sus escritos.

—Yo me recelo —añadió Lisandro— que en vez de imitador será algún plagiarío; porque esto de imitar el estilo de otros importa más dificultad y trabajo de lo que parece.

—Éso no —replicó el estudiante— no sé que le noten de plagiarío, porque ya sabe muy bien que ese es un vicio el más abominable que pueda darse entre literatos; si ya no es que también haga número entre plagarios el que, con trasposición decente, se vale de las mismas frases y del mismo método, invención, artificio y diligencia que usa aquel a quien se procura imitar. Cuanto más que, si ha caído tal vez en este defecto, habrá sido sin noticia de la voluntad, a causa que como tiene tan leídos los es (p. 334) critos de Cervantes —como precisamente debe hacerlo cualquiera que pretenda imitar aquel escrito que más se le acomode— tal vez habrá encajado como suyo algún concepto que no lo será. Pero esta censura la dejamos a cargo de aquellos que sólo sirven para criticar escritos ajenos, sin tener quizá capacidad de hacer otros que les igualen. Si ya no es que el plagiarío sea tan descarado que no ponga nada de su propia cosecha, que este tal debe entonces ser criticado severamente y excluido del número de los honrados escritores.

—Parece que estáis muy de parte del historiador —dijo Lenio a esta sazón—; bien se echa de ver cuanto se extienden las finezas de la amistad que le profesáis.

—No, sino que pongan la lengua, y aún las manos, en los escritos de mi mayor amigo, y que yo tenga la mía y las mías quedas, sin mostrarlas en su favor —replicó el estudiante—. Cuanto más, que yo (p. 335) tengo para mí que aún los críticos más severos, si se para a reflexionar un poco sobre las

circunstancias del historiador, no han de tener valor de mover la lengua para criticarle. Porque, ¿quién no sabrá disimular y perdonar cualquier defecto que note en su historia, si considera que el que la escribe, llevado sólo de su natural inclinación, es un joven que apenas cuenta los veinte y un años de su edad, habiéndolos empleado en los estudios de Filosofía, Teología Escolástica y Moral, y otros ejercicios anejos al estado que profesa?

—¿No lo decía yo? —dijo Lisandro—. No faltarán desatinos. Ya tendrán con la tal historia en que entretener la ociosidad los ignorantes aficionados, porque yo discurro que ninguno medianamente docto querrá desperdiciar ni aún un ligero momento en leerla, y más si sale a luz con la añadidura de la poca edad del autor. Porque ésta, lejos de ser parte para disculparle, servirá para su mayor desprecio y confusión; sucediéndole (*p. 336*) lo que a Icaro, que quería remontarse con alas de cera, o, más propiedad, lo que sucede a los polluelos que quieren vagar por el aire antes de tener bien sólidas y fuertes sus plumas.

—Callad, señor —replicó Lenio— que tal vez la discreción se adelanta a los años, y no siempre la naturaleza puede seguir los pasos del entendimiento. Tal vez se habrá éste despertado tan temprano en nuestro historiador, que le de lugar para que sus escritos le tengan aún entre los hombres más eruditos. Sí, que más de admirar son los frutos que produce una nueva y tiernecita planta, que las (*sic*) que ofrece un árbol robusto; sí, que no sé yo si deban premiarse más las valentías y hazañas en un soldado viejo y rancioso, que en un bisoño y poco experimentado.

Con todo, sea lo que se fuese de esto —interrumpió el estudiante— lo que yo sabré decir es que, a lo menos, nadie le podrá privar de la gloria de haber intentado imitar al inmortal Cer (*p. 337*) vantes, que es a lo que únicamente se atiene, y aún podría ser que le imitara perfectamente, si de todo en todo se dedicara a ello; pero el daño está en que las precisas obligaciones de su estado se lo embarazan.

—Pues que, ¿cuál es el estado que profesa? —preguntó Felisinda—.

—El de religioso —respondió el estudiante— y ese es uno de los mayores cargos de que se teme; quiero decir que ese es el fundamento sobre que estriban y se apoyan las mayores objeciones que se le hacen. Porque dicen —en especial los de su misma profesión— que el escribir historias profanas no es propio de un religioso cuyo instituto no respira más que retiro, soledad, abstracción de todo lo que no sepa a divino; y que le estuviera mejor, que el poco talento que Dios fue servido de darle, lo emplease en otros estudios más provechosos para sí mismo, de más gloria para su religión y de más utilidad para todos.

—¡Válgame Dios! —dijo Lenio—. Y ¿de eso se amohi (*p. 338*) na el autor? ¿De eso se teme? Desde ahora me ofrezco por su abogado. Pero, decidme antes: ¿de qué Instituto, o de qué religión es?

—De Franciscos Observantes —respondió el estudiante—.

—Ahí os quería yo —replicó Lenio—. ¡Ah! Y cómo tomarán a buen

partido los padres críticos que el escritor, dedicándose a tan bellos estudios, saliera un segundo Cervantes. ¿Cuán bien y con cuánta razón podríab gloriarse entonces? Y si acaso algunos mal contentos muestran hacer desprecio de semejante gloria, hágoles de paso esta pregunta: ¿por qué el autor de la *Biblioteca Franciscana* colocó en ella a Cervantes como a uno de los escritores de la religión sólo porque fue Tercero: ¿En dónde le colocara si hubiera sido Primero? En tanto que satisfacen a esta pregunta digo que todas esas objeciones que se le hacen al autor de nuestra historia se me traslucen de muy poca importancia, (p. 339) porque ni el estado religioso impide el estudio de las letras humanas, ni el estudio de las letras humanas es impropio del estado religioso. Yo bien me entretendría en probar esta verdad que acabo de decir, pero juzgo que los juiciosos y eruditos no necesitan pruebas para creerla. Sólo con dar una breve ojeada hacia los pasados tiempos y fijar la vista ligeramente en los escritos de Heliodoro, de Aquiles Tacio, de Fenelón y otros sujetos de no inferior carácter, quedarán desvanecidos los frívolos reparos que se le hacen al autor. Vos, señor estudiante, cuando lleguéis a verle, decidle de mi parte que no haga mérito de tales críticas: porque si hay ignorantes que le reprehendan su estudio como malo, no faltarán doctos que se lo alaben como bueno. Que continúe en trabajar, que si al que hasta ahora ha cuidado de averiguar los sucesos de nuestra peregrinación le falta posibilidad de escudriñar los que todavía nos han de suceder, yo (p. 340) mismo procuraré participárselos todos para que pueda dar felice fin a su comenzada historia; y quiera Dios pueda decirse de ella lo de Propercio en la Elegía octava, libro tercero:

*Et manibus faustos ten crepuere sonos.*

—Así sea —respondió el estudiante—. Pero eso no le da cuidado; lo que le lleva algo pensativo y caviloso es que por ningún medio de muchos que ha probado puede averiguar lo que le sucedió a Felisinda, desde que se desvió de su hermano hasta que llegó a aquella casa desierta donde la encerró Idomeneo.

—Eso —dijo Felisinda— lo contaré yo de muy buena gana en el tiempo que tardaremos a llegar a la primera población que se nos ofrezca, sólo porque no le quede nada que saber a nuestro nuevo historiador (...).